

CAPITULO XI

NERVA Y TRAJANO

Pareció al Senado la muerte de Domiciano ocasión oportuna para libertarse del despotismo militar. Aquí se nos presenta un nuevo fenómeno, y es la escuela estoica acometiendo la empresa de oponerse al tiránico influjo del ejército. Con efecto, preponderante esta escuela filosófica en el Senado, se esfuerza por colocar en el trono á sus hechuras, y consigue dar á Roma una serie de Césares que es justo contar entre los buenos. Fué el primero Marco Coceyo Nerva, oriundo de Creta y nacido en Narni, quien se hizo agradable á los ojos de Nerón por sus poesías, hasta el punto de erigirle el emperador una estatua. Tal mafia se dió la facción estoica, que contaba con su persona, á divulgar predicciones y horóscopos acerca de su futuro reinado, que á pesar de su timidez, le determinó á aceptar el trono. Después de consagrar los pretorianos la devoción al emperador difunto, no tardaron á reconocer al nuevo. Entretanto, en medio de los parabienes que recibía Nerva, Arrio Antonino se affigió con él de que después de haber escapado por su virtud y su prudencia de tan malos príncipes, se hallara á la sazón en una situación en que descontentaría á los amigos y adversarios, y más todavía á los primeros tan luego como les negara una gracia.

Nerva se creía encumbrado á la categoría suprema en interés del pueblo y no para satisfacción propia; de este modo supo armonizar la dulzura de la libertad con el societo de la monarquía. Restituyó á los ciudadanos desterrados por delitos de lesa majestad su patria y su hacienda: amenazó con su ira á los delatores, castigó á los esclavos y á los libertos que habían denunciado á sus amos. Prohibió todo procedimiento por delito de lesa majestad y contra los que vivían á estilo de los judíos (1) y

(1) Probablemente los cristianos. Dion, LXVIII.

juró no condenar á ningún senador á muerte. A fin de aligerar los impuestos y de poder abolir el odioso tributo del vigésimo sobre toda sucesión ó manda, disminuyó los gastos suprimiendo espectáculos y sacrificios, no permitiendo que se erigieran estatuas de plata ni de oro, y moderando el boato de su palacio. Posteriormente, como se hallara todavía demasiado pobre para recompensar servicios ó para socorrer infortunios, vendió parte de su vagilla particular y muchas de sus propiedades. También distribuyó muchos terrenos á la clase de ciudadanos pobres. Hizo educar en todas partes, á expensas del Estado, á los niños menesterosos; prohibió la eviración, y se aplicó á corregir las costumbres y administrar justicia. Siempre se condujo, en fin, como si en un instante dado hubiera debido tornar á la vida privada.

Acostumbrados como estamos á ver comenzar venturosamente reinados detestables, pudiera esperarse ver desmentida la conducta de Nerva; mas no fué así por fortuna, y la única inculpación que puede dirigirsele, es que por exceso de benignidad ni aun castigaba á los perversos. Cierzo es que habiéndose restituído al Senado la libre posesión de los juicios, admitió las acusaciones contra los espías del reinado precedente, y que castigó á algunos con la pena de muerte y á otros con la de destierro; pero cuando quiso intentar procesos contra ciertos conspiradores, fiel Nerva á su juramento impidió que se llevaran adelante. Semejante clemencia pareció impolítica al cónsul Julio Frontón, quien decía que si es una gran desgracia vivir bajo el gobierno de un príncipe que todo lo prohíbe, no lo es menos tener un príncipe en cuyo reinado es lícito todo.

En efecto, abusaron de aquel exceso de bondad los pretorianos, y habiéndose promovido un tumulto, asaltaron el palacio para obligar á Nerva á

que les entregara los asesinos de Domiciano. Vanamente se opuso á su furia, llegando hasta presentarles desnudo su pecho; hubo de ceder, de permitir dar muerte á los conjurados, y de agradecer á los pretorianos por haber purgado de ellos el mundo.

Entonces comprendió la necesidad de elegir por sucesor un hombre capaz de empuñar con mano firme las riendas del Estado; y la más bella acción de su reinado fué haber adoptado á Marco Ulpio Trajano (27 de junio de 98), con quien dividió al punto la autoridad elevándole al tribunado. Poco después murió habiendo apenas reinado diez y seis meses y fué contado en el número de los dioses.

Trajano.—Trajano, vástago de una familia de Itálica más antigua que ilustre, había nacido cerca de Sevilla, sirviendo en su mocedad contra los partos. En tiempo de Domiciano se había retirado para vivir seguro, á su patria, desde donde se le envió á gobernar la baja Germania. Allí se hizo amar de los soldados; pero sin maquinar á impulsos de un pensamiento ambicioso, sin esperar nada siquiera, se contentaba con aquella posición, cuando le designó Nerva por sucesor suyo, llevado de su buena fama: y cuando le sucedió á los cuarenta y dos años no defraudó sus esperanzas.

Hizo su entrada en Roma á pie en medio de inexplicables transportes de alegría; y en el momento de entrar en el palacio, volviéndose al pueblo su esposa Pompeya Plotina, dijo: *Espero salir de aquí como he entrado*. Robusto de cuerpo y duro para la fatiga, de noble apostura y de afables modales, con poca instrucción literaria (2), aunque afecto á los hombres instruídos, fué el mejor capitán de su siglo; en los campamentos no se le hubiera distinguido del último soldado, pues vestía como ellos, compartiendo su sobriedad y sus ejercicios. Hacía las marchas á pie, conocía individualmente á sus veteranos y sus hechos de armas, sin que su afabilidad dañase en nada á la disciplina.

Al tomar posesión del poder supremo declaró que se consideraba obligado á observar las leyes respecto de cada ciudadano, y jamás faltó á su palabra. En las liberalidades que hizo tanto á los soldados como al pueblo, comprendió á los ausentes, y, cosa nueva, á los niños de menos de doce años. Según se cuenta, sus larguezas proporcionaban el sustento á dos millones de personas. Siempre mantuvo el trigo á un módico precio; destinó considerables sumas á la educación de los niños pobres, dió espectáculos de gladiadores, si bien desterró á los cómicos, á quienes Nerva había permitido aparecer nuevamente. Gastó mucho dinero en abrir el puerto de Civitavecchia y ensanchar el circo, donde prohibió que se pronunciase su nom-

bre, á fin de libertarse de los aplausos prodigados á tantos malos príncipes. Por último, vedó á los abogados recibir dinero de los litigantes, quienes debían jurar no haberle dado ni prometido cosa alguna (3).

Deseoso de curar las llagas de la anarquía y de la tiranía disminuyó, siempre que el bien público parecía requerirlo, las rentas, la autoridad y las prerogativas del emperador. Derogó las leyes de lesa majestad, castigó á los delatores y puso coto á las concusiones, alentadas por la indulgencia excesiva del reinado precedente. Cerca de él tenían libre acceso los ciudadanos de todas las categorías, y acogía bondadosamente sus pareceres. Para los destinos buscaba las personas más dignas, y era de opinión que no se necesitaba de fingimientos en política, como tampoco en las relaciones privadas. A sus ojos no bastaba la sospecha para imponer un castigo, y prefería la impunidad de cien culpables á la condena de un inocente. Dijo á Suburano entregándole la espada como prefecto del pretorio: *Esgrimela en mi favor si cumplo con mi deber, y si fallo á él en contra*.

Revistió con toda su confianza á Licinio Sura, por cuya instancia le había adoptado Nerva. Habiendo intentado alguno inspirarle recelos de su persona, fué á pedirle de cenar sin ser convidado, se hizo curar los ojos por su médico y afeitó por su barbero; y al día siguiente respondió al que le repetía las mismas acusaciones: *Si hubiera querido matarme, ayer lo hubiera hecho*.

También incurrió en errores y tuvo defectos. Era aficionado al vino hasta tal punto, que prohibió ejecutar las órdenes que diera al levantarse de la mesa. Todo el tiempo de que podía disponer lo consagraba á los placeres. Por vanidad dejaba inscribir su nombre en todos los edificios, ya los hubiese construído ó solamente restaurado, lo cual le valió el apodo de *Parietaria* con alusión á la yerba parásita que se adhiere á los muros. Toleraba que se le diera el título de señor, que se hicieran sacrificios á su estatua y que jurase el pueblo por su vida y por su eternidad.

3.^a persecución contra los cristianos.—Acaso por sostener su papel de dios, dismantió la dulzura habitual de su carácter, ordenando persecuciones contra los cristianos (106). Es sumamente curiosa su correspondencia con Plinio sobre este asunto (4). Nótese también allí la alegría, por pueril que sea, que experimentaban los patriotas romanos viendo convocadas las asambleas del Senado tres días consecutivos, y prolongarse las sesiones hasta la

(3) Eran pagados por el tesoro público.

(4) Véase el capítulo XXVI. No conocemos acerca de esto ningún senado-consulta ni edicto imperial; y Plinio los habría citado. Probablemente era alguna decisión tomada en el consejo imperial, que entonces adquiría importancia, y sobre el estricto derecho hacía prevalecer el justo y bueno.

(2) Esta falta de instrucción y no la pereza, como dice Juliano en los *Césares*, fué el motivo de que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

noche (5). ¿Pero qué idea se puede concebir de aquella asamblea, cuando leemos en el mismo Plinio que Trajano se oponía á que se formara una asociación para reformar los baños públicos de una ciudad de Asia, diciendo que toda reunión ó sociedad que se proponía por objeto intereses privados era contraria á la salvación del imperio?

Guerras.—Los germanos, que conocían el mucho valor de Trajano, le enviaron de todas partes diputaciones; y los bárbaros del otro lado del Ister no se aventuraban ya á sus excursiones ordinarias cuando estaba helado el río. Pero las intenciones de Trajano se revelaban en este habitual juramento: «Así pueda reducir la Dacia á provincia, y cruzar el Éufrates y el Danubio sobre puentes por mí construídos.» (6)

Guerras con los dacios.—Hemos dicho que Domiciano había comprado á los dacios una paz vergonzosa, sometiéndose á un tributo anual. Trajano tuvo por muy indigno sobrelevarlo más tiempo, cuando aquellos pueblos adquirían de día en día nuevas fuerzas, y cuando Decebalo, su rey, mantenía inteligencias con Pacoro, rey de los partos. Tomando, pues, por pretexto una de sus correrías en el territorio romano, reunió un ejército numeroso, y cruzando el río, empezó á talar sus campos. Sin pérdida de tiempo llamó Decebalo á las armas á toda la juventud, y se adelantó contra los romanos (103). Aunque Trajano recibió en el momento de venir á las manos un escrito que decía: *Vuestros aliados os aconsejan hacer la paz y retiraros*, arriesgó la batalla y triunfó. Habiendo agotado el gran número de heridos las vendas preparadas para los apósitos, dió el emperador sus propias vestiduras á fin de suplir aquella falta.

Prosiguió con tanto ardor la victoria, que reducido Decebalo al último apuro, envió á solicitar la paz, y la obtuvo, aunque bajo durísimas condiciones. Hubo de obligarse á restituir el país usurpado á sus vecinos; á entregar sus armas y sus máquinas de guerra, con los obreros que las habían fabricado y con todos los desertores; á no admitir ya á su servicio ningún individuo nacido bajo la dominación romana; á dismantelar sus plazas fuertes, y por último, á tener los mismos amigos y adversarios que Roma.

Trajano construyó fuertes donde lo creyó necesario; estableció puertos militares, y después de haber recibido una especie de homenaje de Decebalo (105), tornó á Roma á desplegar las pompas del primer triunfo sobre los dacios. Pero Decebalo, que sólo había cedido á la necesidad, no tardó en reclutar nuevas tropas, en fortificar sus plazas y en solicitar ayuda de sus vecinos. Acogieron sus proposiciones los escitas, rehusaron las los yacigos, pero fueron derrotados. Corrió Trajano á hacer

(5) *Jam hoc pulchrum et antiquum, senatum nec dirimi, triduo vocari, triduo contineri.* PLINIO, *Epist.*

(6) AMMIANO, XXIV.

entrar á los dacios en sus deberes, y Decebalo envió desertores fingidos con encargo de asesinarle, si bien abortó su proyecto. Fué más venturoso con Longino, teniente del emperador, á quien atrajo bajo pretexto de entrar en acomodo, haciéndole prisionero. Pretendía obtener por su rescate todo el país hasta el Danubio; pero Longino halló manera de envenenarse.

Puente sobre el Danubio.—Construyó Trajano sobre el Danubio un puente de piedra, cuyos arcos se apoyaban sobre veinte pilones de sesenta pies de espesor, cincuenta de altura y setenta de separación; defendíale un fuerte en cada uno de los extremos. Aquella obra, tanto más maravillosa por ser mayor la rapidez de la corriente en aquel paraje á consecuencia del menor ensanche de sus riberas, fué no obstante terminada en el curso de un verano, bajo la dirección y con arreglo al plano de Apolodoro de Damasco.

En la siguiente primavera (106) atravesó Trajano el río por encima de aquel puente, y dirigió la guerra con menos actividad que prudencia á fin de no exponer sus tropas. Pero la sangre fría con que arrostra personalmente el peligro, excita el valor de los soldados, quienes renuevan sus antiguas proezas. Uno de ellos es conducido con una herida bajo una tienda, y cuando oye decir á los médicos que es mortal, vuelve al combate, donde exhala el último suspiro. Finalmente fué tomada la capital de los dacios, y reducido su país á provincia tuvo por límites el Dniester, el Tibisco, el Danubio inferior y el Euxino (7). Decebalo no quiso sobrevivir á su derrota. En testimonio de aquellas victorias fué erigida la columna Trajana, y las solemnidades del triunfo valieron al pueblo ciento veinte y tres días de espectáculos, en que murieron más de diez mil fieras.

Partos.—Hallábase cumplido uno de los deseos de Trajano, puesto que había atravesado el Danubio; entonces pensó en realizar el otro, y marchó hacia el Éufrates con intención de dominar á los partos, enemigos los más formidables que quedaban á los romanos (114). Según estuviere la Armenia por los romanos ó por los partos, estaban amenazadas el Asia Menor y el Asia superior, pudiendo la infantería romana penetrar por aquellos montes hasta el corazón de la Persia sin temer los desastres de Craso en las llanuras de Mesopotamia. En cambio podían desde allí emprender sus continuas correrías sobre el Asia Menor y la Siria. Mucho importaba, pues, la posesión de Armenia.

(7) Aún se hallan vestigios de una vía militar desde el Danubio hasta cerca de Bender. Véase CONRADO MANNERT, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gesta.* Nuremberg, 1793.—CRIST. ENGEL, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium, et origine Valachorum.* Viena, 1794; obra coronada por la Academia de Ciencias de Gottinga. Véase así mismo una memoria de Anville en el tom. XXIII de las *Actas de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.*

Al recibir Tirídates la corona de manos de Nerón, había colocado su reino de Armenia bajo la dependencia de Roma, mientras que Exedaro, al subir al trono, había conocido la supremacía de Cosroes, rey de los partos. Habiendo pedido Trajano cuenta de este acto de soberanía á Cosroes, quien sólo le contestó con vanas palabras, avanzó en contra suya. Procuró el rey parto desarmarle con embajadas y con regalos, asegurándole que había depuesto á Exedaro y rogándole que adjudicase la corona á Partamaspates, hijo como él de Pacoro, rey de los partos; pero Trajano se limitó á responder que se encaminaba á Siria, y deliberaría desde aquel punto.

Después de haber recibido en Antioquía el homenaje de algunos príncipes (7 de Enero), entró en la Armenia, donde se enseñoreó de muchas plazas, lo cual decidió al rey Partamaspates á que depusiese su corona á los pies del trono imperial. Ante aquel espectáculo prorumpió el ejército en tales gritos de alegría, que asustado el parto quiso apelar á la fuga; pero viéndose rodeado por todas partes, se quejó de que se tratase como prisionero á un príncipe que se había presentado espontáneamente, y salió del campamento con el corazón rabioso de ira.

Armenia reducida á provincia.—Sin embargo, todos sus esfuerzos no bastaron á estorbar que Trajano redujera la Armenia á provincia; y entonces se inclinaron á sus plantas los reyes de Iberia, Sarmacia, Bósforo y Cólquide. Sólo por el terror de sus armas fué avasallada la Mesopotamia, y habiendo sometido Cornelio Palma una porción de la Arabia, vió el emperador á los saurómatas del norte y á los indios del sud solicitar al mismo tiempo la amistad de los romanos.

Se inclina uno á creer que Cosroes había admitido también las condiciones dictadas por Trajano; pero cualesquiera que fuesen los motivos, el emperador hizo nuevamente la guerra á los partos. Cruzó el Tigris sobre un puente de barcas, y se apoderó sin un solo combate de Adyabena, ocupó la Asiria y visitó á su tránsito Nínive, Arbelas y á Gaugamela, lugares célebres por las victorias de Alejandro (116). Aprovechándose de las discordias de los partos avanzó hasta Babilonia, y empezó á abrir un canal entre el Éufrates y el Tigris para el paso de las naves destinadas al sitio de Ctesifonte.

Asiria provincia.—Opúsose á tamaña empresa la diferencia de nivel de los dos ríos; hizo, pues, arrastrar aquellos bajeles por tierra, tomó por asalto á Seleucia y Ctesifonte, donde cayó en su poder la hija del rey de los partos, como también su trono de oro. Cosroes logró escaparse, se sometió todo el país circunvecino, y la Asiria hubo también de pagar tributo como provincia romana.

Desastres.—Volvió Trajano á Antioquía en aquel entonces; y allí en el momento en que se hallaban reunidos el ejército, la corte y un inmenso gentío atraído por la curiosidad, tembló la tierra con tal violencia, que la ciudad fué destruída; hasta

el mismo Trajano salió contuso y todo el imperio tuvo que sufrir por el desastre de una ciudad sola. Otras calamidades señalaron además su reinado: el hambre, la peste, los terremotos. En Roma salió de madre el Tíber, y excitaron el horror general tres vestales que fueron convictas de haber violado sus votos y enterradas vivas. Como si no bastara este sacrificio á las afejas supersticiones, ordenaron los libros sibilinos, como ya lo habían hecho, sepultar vivos en el *Forum boarium* á dos griegos y á dos galos, tomando de cada uno de los dos pueblos una mujer y un hombre; y obedecieron los romanos, á pesar de que clamaban en alta voz contra la barbarie de los galos y de los bretones, porque rociaban con sangre humana los altares de sus divinidades.

Excursión de Trajano.—Al asomar la primavera empezó Trajano una excursión que puede llamarse verdaderamente histórica, no proponiéndose por objeto tanto conquistar como desplegar á los ojos de las naciones la majestad y el poderío del imperio romano. Después de haber visitado las colinas de donde descendió la primera civilización del mundo, se embarcó en el Tigris con rumbo al golfo Pérsico, entró en el Océano, y descubriendo un barco que navegaba hacia la India, dijo: *Si yo fuera más joven, llevaría la guerra á esa comarca.* Entonces se encamina á la Arabia Feiz, se hace dueño del puerto de Adén, allende el estrecho de Bab-el-Mandeb reduce á provincia la Arabia Petrea que aseguraba el comercio entre el Asia y el África, y no cesa de anunciar al Senado la sumisión de nuevos países. Por último, no puniendo pasar adelante, regresa á Babilonia, y sobre sus ruinas ofrece sacrificios en honor de Alejandro.

Sublevación de los judíos.—A la sazón rayaba el imperio en el apogeo de su grandeza, habiéndole agregado cinco nuevas provincias: la Arabia Petrea, la Armenia, la Mesopotamia, la Asiria, en Asia, y en Europa la Dacia. Sin embargo, duró poco tiempo, puesto que el mismo Trajano vió malogrados sus propios trabajos. El terremoto, que produjo trastornos en tantas comarcas, pareció á los judíos una señal precursora de la caída del imperio, y en todas partes, y con especialidad en África, se sublevaron furiosos. Al principio alcanzaron ventajas en Alejandría; pero cobrando brío los griegos, restablecieron su fortuna y asesinaron á todos los rebeldes sin ninguna distinción. Los de Cirene, promovedores de la rebelión, recorrieron las llanuras de Egipto, señalando su tránsito con el saqueo, y no satisfechos con matar á sus enemigos, se los comían y se vestían con su piel sangrienta. Cuéntase que asesinaron á doscientas mil personas en la Libia, á doscientas cincuenta mil en la isla de Chipre, y redujeron á cenizas á Salamina. Trajano envió tropas para expulsarlos de la Libia; fueron aniquilados en Chipre, y si posteriormente se encontraba arrojado allí alguno de ellos por su mala fortuna, era hecho pedazos. Así quedó sofocado en todas partes el incendio

Pero el ejemplo fué contagioso, y muchos países recién conquistados quebrantaron sus cadenas, lo cual obligó á Trajano á correr de un lado á otro para tenerlos á raya. Obligó una hidropesía á tornar á Italia, y todos aquellos países se insurreccionaron á un mismo tiempo. Levantados en masa los partos depusieron al rey Partamaspates que les había sido impuesto: los armenios eligieron uno á su gusto: la Mesopotamia se sometió á los partos, y fueron infructuosos tantos gastos y tal derramamiento de sangre.

Muerte de Trajano.—Llegado á Selinunte en Sicilia, murió el emperador (10 de agosto), después de un reinado de diez y nueve años y medio. En Roma se recibieron como en triunfo sus cenizas llevadas allí por Plotina su viuda, y por Avidia su sobrina; y contra las antiguas leyes, fueron depositadas en lo interior de la ciudad, bajo la columna destinada á recordar sus conquistas.

Magníficos trabajos debían conservar su memoria, y con especialidad sus excelentes caminos desde el Ponto Euxino hasta las Galias, el que cruzaba las ciénagas Pontinas, y otro de Benevento á Brindis. Abrió en Roma bibliotecas y un teatro, ensanchó el circo, reparó importantes edificios, llevó á la ciudad nuevas aguas. Admirábase especialmente el foro que recibió su nombre. Sobre el sitio de una colina que se había aplanado, de figura cuadrada (144 pies), rodeado de pórticos, ornado con cuatro arcos de triunfo y con gran número de palacios y de pequeños templos, parecía un prodigio la ciudad de las maravillas.

Algún esplendor restituyó á las letras la felicidad harto rara de que se gozó bajo su reinado, en cuyo curso podía cada cual pensar lo que quería y decir lo que pensaba.

Duélenos observar que la historia, tan perfectamente informada de las atrocidades de un Nerón ó de un Calígula, esté reducida á no conocer lo concerniente á Trajano sino por un inexacto compendio (8), y un panegírico elocuente. Pero no olvida que dos siglos y medio después de la muerte de este príncipe, y al saludar á un nuevo emperador el Senado, le deseó que fuera más feliz que Augusto y más virtuoso que Trajano (9).

(8) El de Dion hecho por Sifilino. No hacemos mención de los informes retazos de Aurelio Víctor y de Eutropio. Su panegírico fué escrito por Plinio Cecilio.

(9) EUTROPIO, VIII, 5.—Posteriormente se divulgó la extravagante opinión de que el papa Gregorio Magno había conseguido con sus oraciones el rescate de Trajano, confinado al infierno hacia cuatro siglos. Según nuestras noticias, el primero que la consignó en un escrito, fué Juan de Salysbury (*Polyer.*, V, 8): *Virtutes ejus legitur commendasse ss. papa Gregorius, et fuis pro eo lacrymis, inferorum compescuisse incendia... donec ei revelatione nuntiatum sit Trajanum á penis inferni liberatum, sub ea tamen conditione ne ulterius prosaliquo infideli Deum sollicitare presumere.* Santo Tomás se prevale de esta tradición, y Dante alude á ella en estos versos:

*1^a alta gloria
Del roman prence, lo cui gran valore
Mosse Gregorio alla sua gran vittoria.
Purgatorio, X, 73.*

CAPÍTULO XII

ADRIANO

Abriendo al acaso la *Eneida* Publio Elio Adriano, español que había nacido en Roma, fijó sus ojos en estos versos del canto VI relativos á Numá:

*Quis procul ille autem, ramis insignis olivæ,
Sacra ferens? Nosco crines incanaque menta
Regis romanis, primam qui legibus urbem
Fundavit, Curibus parvis et paupere terra
Missus in imperium magnum:*

y creyó leer en ellos un vaticinio que le anunciaba que sería emperador y legislador (1). Efectiva-

(1) ESPARCIANO, *in Hadr.*, 2. Esta era una de las supersticiones de los antiguos. Abrian un libro y creían hallar en la primera frase que hería sus ojos una predicción del porvenir y una respuesta á las dudas de su entendimiento. Practicóse primero este horóscopo con Homero, después con Virgilio. Cuenta Julio Capitolino que consultando Clodio Albino, de este modo la *Eneida*, se fijó en estos versos del libro VI:

*Hic rem romanam, magno turbante tumultu
Sistet eques, sternet Penos, Gallumque rebellem.*

Alejandro Severo halló del mismo modo:

Tè manet imperium cali, terræque, marisque.

Y como quisiera aplicarse á las artes liberales obtuvo esta respuesta:

Excudent alii spirantia mollius ara...

Tu regere imperio populos, Romane, memento.

Véase LAMPRIDIO. Esta superstición sobrevivió al paganismo. San Agustín (*Ep. 55 ad Januar.*) la señala y la condena, así como el concilio de Agda, con el nombre de *suertes de los santos*. Gregorio de Tours (*Hist. Fran.*, IV, 6,) escribe: *Positis clericis tribus libris super altere, id est, Prophetia, Apostoli atque Evangeliorum, oraverunt ad Dominum ut Christiano quid eveniret ostenderet. Aperto igitur omnium Prophetarum libro, reperiunt:—Auferam mactam ejus, y (V, 49.) Mastus turbatusque ingressus oratorium, Davidici carminis sumo librum, in quo ita repertum est:—Eduxit eos in spe, et non timuerunt.*

mente, fué lo uno y lo otro. Sirvió bajo Trajano y se granjeó su afecto filial, procurando y consiguiendo hacerse sucesor suyo, después de haber recibido en matrimonio á Sabina, sobrina de su hermana. Saludado como emperador por el ejército reunido en Antioquia, escribe al Senado para excusarse de haber admitido, y á fin de suplicarle la confirmación de aquel título. Decrétales el Senado el triunfo, pero él lo rehusa y coloca sobre el carro la estatua de Trajano. Fastuoso y avaro, grande y frívolo, clemente y vengativo alternativamente, ofrece un prodigioso conjunto de vicios y virtudes. Le bastaba haber leído un libro para saberlo de memoria. Dictaba á la vez muchas cartas y daba audiencia á muchos ministros: conoció por su nombre á cuantos habían servido á sus órdenes. También era versado en las ciencias, en la gramática, en la elocuencia, tanto como el hombre más instruido de su siglo. Además de la filosofía, magia, astrología y matemáticas, poseía la medicina, esculpía, cantaba, tocaba instrumentos, pintaba especialmente figuras obscenas, así como imitaciones ó más bien falsificaciones de la naturaleza. Compuso muchas obras en verso y en prosa, entre otras un poema titulado la *Alejandriada*, discursos sobre la gramática, otros sobre el arte de la guerra (2), y sus propios fastos publicados bajo el nombre de sus libertos. Es supuesto el diálogo con Epicteto en que somete diversas cuestiones al mejor filósofo de su tiempo, el cual las resuelve (3); pero entre máximas falsas, ridículas ó triviales, se encuentran otras excelentes;

(2) Háse impreso en 1664 en Upsal un *Tratado de la guerra* que se creía ser el del emperador Adriano, publicado por el consul Mauricio; pero es de fecha muy posterior esta obra.

(3) Publicado por Froben en 1551.

por ejemplo esta:—*¿Qué es la paz?—Una libertad tranquila.—¿Qué es la libertad?—Virtud é inocencia.*

Adriano tenía un gusto estrambótico en materia de literatura: prefería Catón á Cicerón, Antímaco á Homero, Emilio á Virgilio, Celio á Salustio: llegó hasta á meditar la destrucción de los poemas de Homero. Si quería uno conciliarse su valimiento, bastaba dar á luz destempladas críticas, como hizo Largio Lucilio, autor del *Ciceromastix*, diatriba violenta contra el padre de la elocuencia latina. Cantaba en licenciosos versos las alabanzas de sus favoritos, y otros poetas le hacían coro por el mismo tono. Rodeábanle los sofistas, raza impudente, codiciosa, venal, que hablaba de un modo y procedía de otro, y sólo servía para defender el pro y el contra. Adriano, que sin abrazar ninguna secta las toleraba todas, se complacía en oír sus disputas, así como en hacer improvisar á los poetas. ¡Infeliz del que pretendiera disputarle la palma á que aspiraba en todas las cosas! Tomó odio á Dionisio de Mileto y á Caninio Celer porque no se prestaron á permitirle brillar á expensas de su renombre, como lo hacía sin duda Heliodoro su favorito. Cierta día que había criticado el emperador una expresión empleada por el filósofo Favorino, éste reconoció su falta aunque podía apoyarse en ejemplos clásicos; y como esto llenara de asombro á sus amigos les dijo: *¿Queréis que compitiera en sabiduría con un hombre que manda treinta legiones* (4)? Apolodoro, el célebre arquitecto que había dirigido las construcciones de Trajano, no tuvo en verdad la misma prudencia. En respuesta á una censura que le dirigía el emperador sobre su arte le dijo, aludiendo á un género de pintura que le divertía particularmente: *Id á pintar cohombros*. Habiendo visto otra vez una Venus y una Roma esculpidas por su mano, estatuas sentadas, si bien de desproporcionada estatura para el pequeño templo destinado á recibirlas, se explicó de esta manera: *Y en el caso de que las pongan de pie ¿dónde han de colocarse?* Su ingenuidad le costó la vida; nuevo ejemplo de lo peligroso que es chancearse con los poderosos.

Edificios.—Adriano impuso el nombre de Elia á las colonias y á las ciudades por él fundadas ó reconstruidas (5), y por todas partes multiplicó monumentos en que hacía inscribir su nombre: Atenas y Grecia quedaron llenas de ellos. En Roma se edificó el Panteón, el templo de Neptuno, la gran

(4) Sin embargo cayó en la desgracia de Adriano porque decía que le asombraban tres cosas: 1.ª que habiendo nacido galo hablase griego; 2.ª que siendo eunuco fuese llamado á juzgar de los casos de adulterio; 3.ª que siendo aborrecido del emperador viviera todavía.

(5) Jerusalem, Cartago, dos ciudades en España, Meursia en Panonia, Estratónica en la Macedonia, Palmira en Siria, Neocesárea en el Ponto, Adrianópolis, Adriana en la Libia Cirenaica, Antinópolis en Egipto, Adrianótera en la Mesia.

plaza de Augusto, los baños de Agripa, sin hablar de las nuevas construcciones, contándose entre las principales su sepulcro, conocido con el nombre de Mole de Adriano, y su casa de recreo de Tívoli. Consistía esta mole en un puente sobre el Tíber y en un mausoleo que es actualmente el castillo de Santo Angelo. Aun es un admirable monumento después de haber suministrado estatuas, columnas y ornamentos á los edificios del tiempo de la decadencia, y proyectiles durante las guerras entre Totila y Belisario. El carro sobrepuesto al cornisamiento parecía desde abajo muy poca cosa, y sin embargo era tanta su mole, que según Esparciano, hubiera podido pasar un hombre por los ojos de los caballos. Adriano imitó en sus jardines de Tívoli todo lo que había admirado en sus viajes: los puntos de vista más celebrados de Grecia y Egipto; el Liceo, la Academia, el Pritaneo, el Pecilo, el valle de Tempe. Vefase también allí una pintura del infierno. Había dado á diferentes compartimientos los nombres de las provincias que había recorrido, y plantas exóticas las traían á la memoria. Embellecían aquella mansión vasos, estatuas, inscripciones, una porción de objetos raros y de todas clases.

A su advenimiento al trono dijo á los que le habían ofendido cuando era simple particular: *Podéis contaros seguros*. Como se le excitara á enfurecerse contra personas sospechosas de querer trastornar el Estado, respondió que sería injusto querer castigar un delito sólo porque fuera probable. Habiendo desatendido las súplicas de una mujer anciana con decirle: *No tengo tiempo*, ésta repuso: *Y entonces por qué eres emperador?* de cuyas resultas hizo justicia á su demanda. Cierta día que el pueblo pedía durante el espectáculo una cosa inconveniente, envió el heraldo para que le impusiera silencio. Pero habiendo dicho éste, por el contrario: *El emperador pide que procedáis de tal ó cual manera*, le agradó que hubiera modificado así sus órdenes y aun le dió recompensas.

Trataba familiarmente á sus amigos y á sus libertos y exigía que le tratasen con entera libertad, no negándoles nada y anticipándose á menudo á sus deseos. Sin embargo, no concedió á sus libertos dominante influencia. Y aunque hasta entonces habían sido su patrimonio exclusivo los empleos de secretario y mayordomo de su casa, instituyó caballeros á algunos de ellos. Por lo demás, ¡infelices de aquellos que traficando con su crédito hubieran admitido regalos! Habiendo visto á un esclavo suyo pasearse entre dos senadores, envió á que le dieran una bofetada y le dijo: *«¿Cómo tienes valor para igualarte con personajes de quienes mañana puedes ser esclavo?»*

Prodigó más liberalidades que el mismo Trajano á los niños pobres y al pueblo. Señaló pensiones y distribuyó donativos á los caballeros, á los senadores y á los magistrados de escasa fortuna. Al celebrarse las fiestas de Saturno, cuando sus amigos iban según costumbre á ofrecerle aguinaldos, se-

aprovechaba de aquella coyuntura para hacerles todavía más ricos; y durante sus viajes, que consumieron diez y siete años de los veinte que ocupó el trono, dejó por todas partes insignes pruebas de su largueza.

A nadie despojaba de su hacienda; antes bien alivió el peso de muchos impuestos, y no admitió ninguna manda de los que á su muerte dejaban hijos. A su advenimiento al trono perdonó todo cuanto se debía al tesoro, así en Roma como en Italia, y extinguió las deudas contraídas hacia dieciséis años por las provincias; quemó las obligaciones, dando así margen á uno de los más esplendentes fuegos de alborozo que pueden ver jamás los pueblos (6).

Iba á casa de los cónsules, asistía á las asambleas, dispensaba á los senadores de acudir á visitarle, á menos que tuvieran que hablarle de negocios, y se dirigía en litera á la curia, á fin de que no hubiera necesidad de escoltarle. Arrancó á los caballeros el juicio de las causas en que estaban implicados los senadores, y no admitió la apelación al trono de las decisiones del Senado.

A pesar de todo no supo cerrar los oídos á los delatores, y esto por manía de conocer lo que hacían los demás, defecto reprobable en todos y deplorable en un príncipe más que en ningún otro. Tuvo ojeriza y alejó de su lado á aquellos á quienes debía el imperio. Por miedo de que se sacara provecho de sus continuos viajes para una revolución, restringió el poder de los magistrados de día en día, y puso el gobierno en la senda de una monarquía verdadera. Trató á Julia Sabina menos como mujer que como esclava, y se cree que acabó por hacer que se le administrara veneno. No carecía de fundamento su desvío hacia ella, pues se jactaba descaradamente de haber tomado precauciones para no tener hijos suyos, por estar persuadida de que si le nacía un hijo, había de ser para baldón y ruina del género humano.

Para prefectos del pretorio escogió á Celio Taciano, su tutor, y á Similis. Este último, poco ambicioso, hizo dimisión á los tres años: y habiéndose retirado al campo, donde vivió todavía siete, mandó escribir sobre su sepultura: *He pasado setenta años sobre la tierra; he vivido siete*. Al revés, Taciano, incitaba á su soberano á mostrarse riguroso; y la opinión pública le imputó la muerte de cuatro personajes consulares, antes amigos de Adriano, condenados después por el Senado como culpables de conjuración, aun cuando generalmente se les reputaba por inocentes. Siguiéronles muchos otros como cómplices, hasta que Adriano prohibió los procedimientos por delitos de lesa majestad, y cayó de consiguiente Taciano en desgracia.

(6) Habiendo quemado el emperador de Venecia en presencia de Enrique IV los recibos en que éste se reconocía deudor de la serenísima república, dijo el rey de Francia: *Nunca he visto más brillante fuego.*

Antinoo.—Omitiendo hablar de su pasión por los perros y por los caballos, que llevaba hasta el extremo de erigirles monumentos suntuosos, dejó testimonio de su vergonzosa depravación en los versos que prodigó extraordinariamente en loor de sus queridos. Amó con extravagante pasión á un joven bitinio llamado Antinoo; y sin embargo, habiéndole dado á entender las operaciones mágicas á que se entregaba con ardor, que para prolongar sus días se necesitaba que un hombre derramara voluntariamente su sangre, como no hallara á nadie bastante generoso para consagrarle de este modo su vida, aceptó el sacrificio que Antinoo consintió en hacerle de su mocedad, de su hermosura y de su existencia. Cuando hubo inmolado al favorito, le lloró como á una amante adorada, mandó construir sobre el Nilo una ciudad á que dió su nombre, y quiso que los griegos le colocaran en la categoría de los dioses; llenó el mundo con sus estatuas y con sus templos, levantóle uno especialmente en Mantinea, teatro en otro tiempo de la gloria de Epaminondas, convertido á la sazón en palestra del envilecimiento de los griegos, quienes acudían allí á celebrar solemnes juegos y recoger los oráculos de aquel dios innoble. Obtuvo el poeta Pancrates recompensas y un destino en el Museo, por haber llamado Antinoyano á una especie de loto que había brotado sobre la sepultura de aquel mancebo. Descubrieron los astrónomos su estrella en el cielo, como se habían descubierto las de César y de Berenice. Erigióse un templo sobre su sepulcro, donde no cesaron de multiplicarse los milagros; allí se instituyeron juegos y misterios, disputándose todos la palma de ser sacerdotes de aquella divinidad extraña.

4.ª persecución contra los cristianos.—Fácil es de imaginar lo que pensaban los cristianos de tamañas indignidades (7). Respecto de ellos no usó la misma tolerancia que con las demás sectas, y por devoción á sus dioses permitió quitar la vida á los que les hacían ultraje. Conociendo entonces los cristianos el poder que da el número, no se contentaron ya con morir bendiciendo á sus perseguidores, sino que se dirigían al tribunal para justificar allí públicamente su inocencia; y Justino proclamaba que el poder de los príncipes, cuando prefieren la opinión á la verdad, no se diferencia

(7) Prudencio, en su poema contra Simaco, hace notar que el favorito de Adriano fué más venturoso que el de Júpiter, puesto que Antinoo toma asiento en el banquete de los dioses, donde no figura más que como escanciador Ganímedes.

*Quid loquar Antinuum, caelesti in sede locatum?
Illum delicias nunc divi principis; illum
Purpureo in gremio spoliatum sorte virili;
Hadriani que dei Ganimedem, non cyathos dis
Porgere, sed medio recubantem cum Jove fulcro,
Nectaris ambrosii sacrum potare lyæum,
Cumque suo in templis vota exaudire marito.*

del poder de los bandidos en el desierto (8). Cuéntase que conmovido Adriano por las apologías de Cuadrato y de Aristides, suspendió las persecuciones, y hasta se proponía abrir un templo á Cristo (9), cuando los oráculos le apartaron de aquel propósito, haciéndole presente que aquel nuevo templo haría que todos los demás quedaran vacíos.

Ejércitos.—En el ejército vivía como los soldados, marchando á pie y con la cabeza descubierta en medio de las escarchas de los Alpes ó de las abrasadas arenas del Africa. Como conocía individualmente á todos sus soldados, no daba ascensos sino á los más dignos. Operó muchas reformas y fué la primera de ellas agregar á cada compañía zapadores é ingenieros, provistos de todo el material necesario para las construcciones militares. Lejos de dilatar sus conquistas, ni aun siquiera conservó todas las de Trajano. Ya fuese por envidia de su predecesor, ó moderación y prudencia, llamó sus tropas de la Armenia, de la Mesopotamia y del Africa, y dejando á los armenios que escogieran un rey á su gusto, á los partos restablecer á Cosroes, fijando por aquel lado en la ribera del Eufrates el límite del imperio. Hubiera renunciado de la misma manera el territorio arrancado á los dacios, si no le hubiera apartado de este designio la consideración de haberse establecido allí gran número de romanos; pero bajo el pretexto de que el puente sobre el Danubio podía facilitar el paso á los bárbaros, mandó que fuera cortado; y obstruyó la corriente del río con sus escombros, hubo de abrirse otro cauce.

Decía la tradición que el dios Término no había querido retirarse del Capitolio, ni aun para ceder el puesto á Júpiter: era símbolo de la inmovilidad del imperio. Ahora bien, este primer paso hacia atrás dado por los romanos al abandonar sus conquistas, fué considerado como un siniestro presagio, y así lo confirmó el tiempo.

Ya hemos hablado (capítulo IX, pág. 86) de la nueva sublevación de los judíos á las órdenes de Barcocebas (135), y de qué modo fueron castigados por Adriano, quien hasta insultó su culto. Pero tan cara costó la victoria, que el emperador no se atrevió á empezar el despacho en que la participaba al Senado con la fórmula ordinaria: «Yo y el ejército estamos bien (10).»

Farasmanes, rey de Iberia, se presentó en Roma para refutar las quejas dirigidas por Vologeso, rey de Armenia: llevó magníficos regalos, en cambio de los cuales le hizo Adriano otros más espléndidos todavía, contándose entre ellos cincuenta elefantes con quinientos hombres destinados á su cuidado. Ensanchó sus Estados, le mandó erigir una

(8) Τοσοῦτον δὲ δύνανται οἱ ἄρχοντες πρὸς τῆς ἀληθείας δοῦσαν τιμῶντες, ὅσον καὶ λησταὶ ἐν ἐρημίᾳ. I, 12.

(9) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro Severo*.

(10) DION LXIX.

estatua ecuestre, y le permitió sacrificar en el Capitolio; luego ostentó el extraño capricho de hacer lidiar en la arena á trescientos reos vestidos con los ricos trajes que le había regalado aquel monarca.

Periplo de Adriano.—Habiendo penetrado en la Armenia los alanos ó mesagetes se adelantaron hasta Capadocia; pero fueron detenidos por Flavio Arriano, gobernador de esta provincia. Era probablemente el que hizo un viaje al Ponto Euxino, y escribió su relato. Partiendo desde Trebisonda, donde el emperador mandaba levantar un templo á Mercurio y abrir un puerto, hizo rumbo al Oriente inspeccionando las guarniciones romanas. Cruzó el Faso, cuyas aguas se mantenían por largo tiempo flotantes, á causa de su mayor ligereza sobre las del mar, y abordó en último lugar á Sebastopol. Después envió al emperador una relación detallada, agregándole una noticia sobre las costas de Asia, de Bizancio á Trebisonda, de Sebastopol al Bósforo Cimeriano, y desde allí á Bizancio.

Viajes.—Diciendo Adriano que el emperador debe fijar sus ojos á semejanza del sol en todos los países, visitó todas las provincias sometidas á su obediencia. Empezó por las Galias, después de haber inspeccionado las plazas fuertes; pasó á Germania, donde estaban acantonadas las mejores tropas y restableció allí la disciplina.

Muralla de Adriano.—En Bretaña reformó los abusos; y como desde que había abandonado Agrícola el país, recobraran los caledonios su salvaje independencia, mandó construir para atajar sus excursiones una muralla que partiendo del golfo de Solway, se extendía hasta el Tyne en el Northumberland, en una longitud de ochenta millas. Habiéndose encaminado á España reedificó el templo de Augusto erigido por Tiberio en la Tarraconense, y se esforzó á fin de poner término con una asamblea general á las disensiones que existían en aquel territorio. En Atenas hizo que le iniciasen en los misterios de Eleusis, é inspirado por la divinidad, se pregónó dios y se dejó adorar en el templo de Júpiter Olímpico, que empezado por Pisistrato hacía quinientos sesenta años, se acabó por orden suya. Reconstruyó parte de la ciudad bajo el nombre de Adrianópolis, dándole dinero, granos, la isla entera de Cefalonia, y una constitución, que modelada sobre la antigua, atribuía el gobierno al pueblo y los juicios al Senado. En cambio, le saludaron los atenienses con el nombre de legislador panhelénico y le dedicaron un templo, así como una ciudad en Delos bajo el nombre de Olimpia (11).

Una conferencia que tuvo con Cosroes desbarató una amenazadora guerra de los partos, lo cual le permitió visitar sosegadamente la Cilicia, la Li-

(11) Véase GREPPO, *Memorias sobre los viajes del emperador Adriano, y sobre las medallas que se refieren á ellos*. París 1842. ¡Qué importancia para la historia y la geografía si tuviésemos el diario de este viaje!

cia, la Panfilia, la Capadocia, la Bitinia, la Frigia. Donde quiera dejó templos, plazas, monumentos notables, como había hecho en Nimes, como hizo en Nicomedia, en Nicea, en Cizico y en otros puntos. Reedificó también las ciudades de la Bitinia, trastornadas por el terremoto, y los reyes que habían acudido á saludarle y los embajadores diputados cerca de su persona, recibieron inequívocas señales de su munificencia.

Recorriendo las islas del Archipiélago ganó la Acaya y se dirigió á Sicilia, donde trepó á la cumbre del Etna, como había trepado al monte Casio en Siria, para contemplar desde allí el sol haciendo resplandecer á su salida los colores del arco iris. Su llegada al Africa fué señalada con un fenómeno en que se quiso ver un prodigio: cayeron en abundancia las lluvias aguardadas inútilmente hacía cinco años. En Pelusa honró el sepulcro del gran Pompeyo; en Tebas fué á oír los sonidos que producía la estatua de Memnon; en Alejandría admiró el museo fundado por Tolomeo Filadelfo y aumentado por el emperador Claudio, interrogó á los hombres de letras, á quienes halló reunidos, y les contestó con la discreción y talento que debía distinguir siempre á cuanto sale de boca de un emperador. Restituyó á los alejandrinos la integridad de sus privilegios, restringidos por sus predecesores. Pero los humildes parabienes que le tributaban cuando se hallaba presente, se tornaron en befa y escarnio luego que estuvo lejos.

«He estudiado perfectamente, escribía á Serviano, su cuñado, á los egipcios, de quienes me hablas. Es un pueblo versátil y ligero: los que adoran á Serapis son cristianos, y sus obispos hacen profesión de honrar á este Dios. No hay un jefe de la sinagoga de los judíos, ni en la de los samaritanos, ni un sacerdote cristiano que no sea matemático, arúspice, charlatán. Hasta el patriarca cuando va á Egipto, se ve obligado por los unos á rendir el homenaje á Serapis y por los otros á Cristo. Son sediciosos y están henchidos de vanidad: sólo para criticar tienen ojos. Su ciudad abunda en todo, y nadie está ocioso en su recinto, ni aun siquiera los ciegos. Uno sopla el vidrio, otro hace papel, tejen algunos, y todos se ocupan en algún oficio.» (12)

Edicto perpétuo.—Entre estos diferentes viajes volvió Adriano de vez en cuando á Roma, donde organizó sobre nuevas bases los cargos del palacio, el servicio militar, la administración de justicia, lo cual subsistió hasta el siglo IV (13). Procedió con sujeción á los consejos de los mejores jurisconsultos, Neracio Prisco, Juvencio Celso, Salvio Juliano; y de orden suya recogió este último en el *Edicto perpetuo* (131) las mejores leyes emanadas hasta allí de los pretores. Quizás Adriano arrancó así á estos

(12) Flegon según FLAVIO VOPISCO, *Vit. Sat.*

(13) *Officia publica et palatina, nec non milita in eam formam statuti, qua, paucis per Constantinum immutatis, hodie persevera*. AURELIO VICTOR, *Epist. XIV.*

magistrados el derecho de determinar los principios legales, con arreglo á los cuales administraran justicia durante el tiempo de su ejercicio, obligándole á atenerse á este edicto imperial, que figuró como base del derecho romano, hasta el *Código Teodosiano*, y vino á ser el fundamento de las *Pandectas*.

Entre el número de leyes promulgadas en su tiempo citaremos las prescripciones siguientes: una duodécima parte de los bienes paternos debía quedar siempre á los hijos de los proscritos: el que hallaba un tesoro en terreno de su propiedad, podía considerárselo como suyo; y le pertenecía la mitad si lo hallaba en territorio ajeno: debían ser azotados los pródigos en el anfiteatro y desterrados luego. Prohibió los sacrificios humanos; y sin embargo continuaron inmoldándose en Africa niños á Saturno y hombres dentro de la misma Roma hasta el tiempo de Constantino.

Las *ergástulas* en que los romanos hacían trabajar á los esclavos, servían de refugio á ciertos individuos que conseguían de este modo libertarse del servicio militar ó de los castigos á que se les había condenado. También á veces eran conducidos allí hombres libres para un trabajo forzado, y no se oía hablar más de ellos. Adriano las aboló, á excepción de las que pertenecían al emperador ó al Estado, y vedó á los señores quitar la vida á los esclavos.

Elio Vero.—Atacado de hidropesía designó (137) por su sucesor á Lucio Annio Aurelio Cesonio Commodus Elio Vero: con la vanidad se aumentaba el número de los nombres. De magestuosa postura y rico de conocimientos, si bien de costumbres relajadas, la malignidad, que no siempre da el golpe en vago, hizo circular siniestros rumores acerca de las condiciones misteriosas que le habían valido ser adoptado por el emperador (14). Cuando viajaba Vero llevaba en torno de su carro esclavos á quienes daba los nombres de los vientos y llevaban alas. Su lectura favorita eran el *Arte de amar* de Ovidio y los epigramas de Marcial á quien llamaba su Virgilio. Reconviéndole un día su esposa porque daba la preferencia á mujeres perdidas, le respondió: *El nombre de esposa es un título de honor, no de placer*. Acababa de llegar de la Panonia cuando murió en Roma, donde se le hicieron exequias imperiales seguidas de la apotheosis (138). Entonces adoptó Adriano á Aurelio Fulvio Antonino, á condición de que había de adoptar á Lucio Vero, hijo, y á Marco Aurelio (15) sobrino é hijo adoptivo del difunto Lucio Annio Aurelio Vero.

A la sazón se retiró Adriano, como Tiberio á

(14) EPARCIANO, in *Elio Vero*.

(15) Originariamente se llamaba este Catilio Severo. De ilustre familia romana, fué educado á la vista de Lucio Annio Aurelio Vero, su abuelo materno, que lo adoptó llamándole Marco Elio Aurelio Vero.

Caprea, á su casa de recreo de Tívoli, donde había amontonado todas las magnificencias; y allí se abandonó, en cuanto su debilitada salud se lo permitiera, á todos los desórdenes de que el paganismo no sabía sonrojarse. Tocado en medio de los placeres de accesos de crueldad, despachaba desde allí órdenes sanguinarias, que arrastraron á la muerte á muchos conspiradores, y otros fueron escondidos por Antonino. Adriano buscaba en la magia remedios á su enfermedad, y sus dolencias le indujeron á probar muchas veces á darse muerte. Se llegó hasta á recurrir á milagros para distraerle de su mal. Presentósele una mujer ciega diciendo: *En un sueño se me avisó de que te intimara que conservarás tu vida; y como haya dilaido obedecerle, se ha oscurecido mi vista; pero en otro sueño se me ha oscurecido que la recobraría tan luego como besara los pies al emperador;* lo cual no dejó de acontecer al punto. Apenas fué tocado por el otro ciego, cuando recuperó el uso de sus ojos, al mismo tiempo que cesaba un fuerte acceso de calentura que padecía Adriano. Divertíase Roma con aquellos ridículos medios que infundían algún valor al emperador cada vez más decaído.

Muerte de Adriano.—Cansado, en fin, de remedios, dijo: *Los médicos me han de quitar la vida, y*

se puso á comer y á beber á su antojo. A consecuencia de sus excesos murió (10 de julio de 138), después de haber vivido sesenta y dos años y medio y de haber reinado casi veinte y uno. En sus últimos momentos pareció recobrar la calma que había perdido, si es verdad que hizo estos versos, criticados entonces (16), y que forman sin embargo una de las composiciones más delicadas de aquel tiempo.

*Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca?
Palidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.*

Irritado el Senado de sus últimas crueldades, quiso derogar sus disposiciones y negarle los solemnes funerales; pero cediendo después á las amenazas de los soldados y á los ruegos de Antonino, le concedió todos los honores de costumbre. Sus cenizas fueron depositadas en la soberbia Mole á orillas del Tiber. Fué colocado entre los dioses, y se le erigió un templo en Pozzuolo.

(16) A lo menos por Esparciano.

CAPITULO XIII

LOS ANTONINOS

Había sido el reinado de Trajano una perpetua guerra; el de Adriano un movimiento continuo; Antonino vivió en una tranquilidad constante, y en veinte y tres años no se movió de Lanuvio, donde tenía su casa de recreo. Había nacido en Nimes (en el año 98), y su natural dulzura le hizo ganar el afecto de deudos y amigos. Dedicóse con preferencia al servicio de la milicia, que á pesar de todo no le estorbó ejercer muchas magistraturas, hasta que llegó á ser (138) uno de los mejores príncipes de que hace mención la historia. Acogiendo á los más humildes ciudadanos prestaba oídos á las quejas alegadas contra los oficiales y los magistrados. Sin intrigas de ninguna especie se conquistó el favor del pueblo: desdiciendo los ruidosos aplausos, delicia de sus antecesores, no quería adular ni ser adulado. Magnífico sin lujo, económico sin ruindad, se complacía en acomodarse á los antiguos usos sin hacerse esclavo de ellos. Respetuoso hacia los dioses de su patria, intervenía en las ceremonias públicas del culto, y ofrecía como pontífice supremo los sacrificios que los sacerdotes inferiores ofrecían antes á nombre del soberano del imperio. Tampoco persiguió á los cristianos, antes bien aceptó la apología hecha por el mártir Justino, y prohibió que se les inquietara. Con este fin escribió á las ciudades de Atenas, de Tesalónica, de Larisa y á todos los griegos (1), elogiando la virtud de aquellos hombres así como su vida del espíritu, su valor y sus costumbres; y aun cuando sólo juzgaba en comparación de las virtudes antiguas, la tradición filo-

(1) EUSEBIO, IV, 13, 26; JULIO CAPITOLINO, 20. En los Antoninos empieza la historia de Gibbon, *Decline and fall of the roman Empire*. Basilea, 1787. Me valgo de la edición anotada por Guizot, Paris, 1828.

sófica le permitió respetar en ellos su fe y su grandeza.

Tenía completa confianza en sus amigos, y como los había escogido probándolos, no tenía necesidad de cambiar de amistades. Con dificultad se resolvía á mudar de dependientes, á menos que lo solicitasen ellos, y durante todo su reinado dejó á Gavio Máximo ejercer las funciones de prefecto de los pretorianos. Enemigo clemente soportaba la ingenuidad y hasta la injuria. Disminuyó los suplicios, contentándose con reducir á los delincuentes á la imposibilidad de producir daño. Prometió no castigar á ningún senador con la pena de muerte, y cumplió tan fielmente su palabra, que por declaración de uno de ellos, culpable de parricidio, le confinó únicamente á una isla deshabitada. Dos fueron acusados de conspiración; pero se suicidó uno de ellos, y el otro fué proscrito por decreto del Senado, á quien vedó el emperador continuar las indagaciones, diciendo: *Tengo poquísimos deseos de dar á conocer el número de personas que me profesan odio.* Solía repetir á menudo: *Vale más salvar á un ciudadano que exterminar á mil enemigos.*

Excitando su admiración ciertas columnas de pórfido que vela en casa de Valerio Hómulo, preguntó al dueño de la casa dónde las había comprado, y su huésped le respondió de este modo: *No se deben tener ojos ni oídos en casa ajena;* y el emperador halló ajustada á la razón esta respuesta. A su llegada al Asia en calidad de procónsul, se alojó la primera noche en casa de Polemón, el más célebre sofista de Esmirna. Retirándose éste muy tarde, se quejó de que se hubieran apoderado de aquel modo de su casa; y Antonino salió de ella, para buscar otro albergue, á pesar de ser hora muy avanzada de la noche. Ya ascendido al imperio llegó Polemón á Roma á hacerle la corte,